

Capítulo 1

La familia Julius había desaparecido seis años antes de que me casara con Martin Bartell.

Desaparecieron tan repentinamente que algunos vecinos de Lawrenceton aseguraron al *National Enquirer* que los Julius habían sido abducidos por extraterrestres.

Habían pasado ya algunos años desde que yo había abandonado el instituto y me había puesto a trabajar en la biblioteca pública de Lawrenceton cuando les ocurrió aquello —lo que quiera que fuese— a T. C., Hope y Charity Julius. Yo había especulado con su desaparición tanto como cualquier otra persona. Pero a medida que pasaba el tiempo sin que se hallara rastro alguno de la familia, fui olvidándome de ellos, salvo por algún escalofrío ocasional cada vez que escuchaba el nombre de «Julius» en una conversación.

Entonces, Martin me ofreció la casa de los Julius como regalo de boda.

Decir que me sorprendió aquel regalo sería quedarme corta; una forma de describirlo más adecuada sería

que me quedé pasmada. Lo cierto es que deseábamos comprar una casa, y habíamos estado mirando algunas de las más elegantes, situadas en los barrios residenciales más nuevos de Lawrenceton, una pequeña ciudad con solera, pero que sufría el lamentable proceso de convertirse en un barrio de Atlanta. La mayoría de las casas que habíamos barajado eran amplias, con varias habitaciones espaciosas adecuadas para el entretenimiento; demasiado grandes para una pareja sin hijos, en mi opinión. Pero Martin tenía debilidad por los signos externos que reflejaran su holgura económica. Conducía, por ejemplo, un Mercedes, y quería una casa donde nuestro coche no desentonara. Visitamos la casa de los Julius porque le había comentado a mi amiga y agente inmobiliaria Eileen Norris que la incluyera en la lista. Ya le había echado el ojo cuando había estado buscando casa en solitario.

Pero a Martin al principio no le gustó, al contrario de lo que me había ocurrido a mí. De hecho, estaba segura de que encontraba mi atracción por ella un tanto extraña. Sus oscuras cejas se arquearon mientras me lanzaba una mirada inquisitiva con aquellos ojos color de miel.

—Está un poco aislada —comentó.

—Apenas a un kilómetro de la ciudad. Casi puedo ver la casa de mi madre desde aquí.

—Es más pequeña que la casa de Cherry Lane.

—Podría encargarme de mantenerla yo sola.

—¿Es que no quieres una asistenta?

— ¿Por qué iba a quererla? No tengo otra cosa que hacer — añadí en voz baja. Y es que no era culpa de Martin, sino mía, haber dejado mi trabajo en la biblioteca de Lawrenceton incluso antes de conocerlo. Cuanto más tiempo pasaba, más lo lamentaba.

— Hay un apartamento encima del garaje. ¿Estarías interesada en alquilarlo?

— Supongo que sí.

— Y que el garaje esté separado de la casa...

— Hay un pasillo cubierto.

Eileen tuvo el detalle de distraerse en otra parte mientras Martin y yo manteníamos nuestro pequeño debate.

— No puedes evitar preguntarte qué fue lo que les pasó — dijo ella más tarde, cerrando con llave la puerta tras de sí y echándose el llavero etiquetado al bolso.

Entonces Martin me miró con una repentina luz en los ojos.

Por eso, cuando intercambiamos los regalos nupciales, me quedé aturdida ante la escritura de la casa de los Julius que él me ofrecía.

Él no se quedó menos pasmado al ver mi regalo. Había sido más lista que el hambre.

Yo también le había regalado una propiedad.

Escoger el regalo de Martin había sido una experiencia aterradora. Era incuestionable que no nos conocíamos demasiado bien, y éramos muy diferentes. ¿Qué podía regalarle? Había mostrado alguna preferencia?

Me senté en el sillón de piel de la salita del adosado en el que había vivido durante años y proyecté mis pensamientos frenéticamente para dar con el regalo perfecto. No tenía ni idea de lo que le había regalado su exmujer, pero estaba decidida a que el mío fuese mucho más significativo. La gata Madeleine saltó de mi regazo al cojín, desplazando su cálida masa al ritmo de sus ronroneos. Parecía saber cuándo empezaba yo a pensar que se estaba poniendo pesada, y desplegaba una demostración de afecto que yo sabía que era más falsa que una moneda de madera. Madeleine había sido la mascota de Jane Engle, una amiga solterona que había muerto legándome toda su fortuna, así que suponía que la gata me recordaba las cosas buenas de la vida: la amistad y el dinero.

Pensar en Jane me recordó el hecho de que acababa de tramitar la venta de su casa, con lo cual ahora tenía aún más dinero si cabe. Recapacité sobre las propiedades inmobiliarias en general y de repente supe lo que Martin quería.

Martin, un sofisticado ejecutivo, procedía del Ohio rural, por extraño que parezca. La única relación que tenía eso con su vida en ese momento era su trabajo en Pan-Am Agra, una fábrica de productos agrícolas rela-

cionada con algunos de los países latinoamericanos más rurales, especialmente con Guatemala y Brasil. Su padre había muerto cuando Martin aún era joven y su madre se había vuelto a casar. Él y su hermana Barby nunca se habían llevado demasiado bien con el segundo marido, Joseph Flocken, sobre todo tras la muerte de la madre de Martin. Una vez me había confesado amargamente que la granja se estaba desmoronando porque su padrastro se encontraba demasiado enfermo de artritis para trabajar en ella, y aun así no quería venderla, a pesar de los vehementes intentos de Martin y su hermana en ese sentido.

¡Por Dios que estaba dispuesta a comprársela!

Lo peliagudo fue dar con una razón convincente que justificase mi ausencia de la ciudad durante unos cuantos días. Al final opté por decirle que iba a visitar a mi gran amiga Amina, que vivía en Houston y se encontraba en el segundo trimestre de su embarazo. La llamé para preguntarle si a ella y a Hugh no les importaría dejar que el contestador respondiese a las llamadas durante unos días. Yo la llamaría todas las noches por si Martin hubiese intentado ponerse en contacto conmigo para devolverle la llamada desde Ohio. Amina pensó que mi idea era muy romántica y me recordó que no tardaría en dejarse caer por Lawrenceton con su marido Hugh para las fiestas previas a la boda y la propia ceremonia.

—Me muero por conocer a Martin —me dijo con voz alegre.

—Ni se te ocurra desplegar tus encantos delante de él ahora —repuse con la misma jovialidad, dándome cuenta repentinamente de que, en el fondo, lo decía en serio. Me violentaba bastante pensar en la posibilidad de que otra mujer cortejase a Martin.

—¿Qué encantos? —chilló Amina—. ¡Si parezco un jarrón chino, cariño!

Imaginé que su barriga ya debía de estar bastante abultada.

Terminamos con la habitual charla, pero mi reacción celosa me dio que pensar durante todo el vuelo a Pittsburgh (el aeropuerto más cercano) y durante el trayecto en un coche de alquiler hasta la ciudad más cercana a la granja de la familia de Martin. Corinth, que era como se llamaba la población, un poco más pequeña que Lawrenceton, presumía de un Holiday Inn donde reservé habitación, poco segura de las alternativas que podría encontrar.

Hay que tener en cuenta que para mí era una aventura exótica. Aunque tuve que recordarme repetidas veces que la gente viaja sola a lugares desconocidos todo el tiempo, no podía evitar sentirme nerviosa. Había repasado el mapa innumerables veces durante el viaje en avión y había hecho el papeleo para alquilar el Ford Taurus llena de ansia, maravillada ante la perspectiva de que nadie sabría mi paradero.

Mi primera impresión de Corinth (Ohio) fue de extrañeza ante lo familiar que me parecía. Bien es cierto que la orografía difería ligeramente, así como el vestuario de sus habitantes, y puede que también la arquitectura dominante fuese más de inmuebles de ladrillo rojo que de casas de dos pisos..., pero en realidad se trataba de un pequeño núcleo agrícola dispuesto alrededor de un centro de ciudad con escaso espacio para aparcar, y rebosante, eso sí, de tractores John Deere en la campa donde se celebraban los mercadillos, justo a las afueras de la ciudad.

Me inscribí en el Holiday Inn y llamé a una agencia inmobiliaria.

Solo había tres; Corinth es una localidad modesta en cuanto a la compra y venta de inmuebles. La que se anunciaba como especialista en propiedades agrícolas («extensiones agrícolas») era la agencia Bishop. Dudé un momento, con la mano posada sobre el auricular. Me disponía a mentir un poco, y no estaba acostumbrada.

—Agencia Bishop, Mary Anne Bishop al habla
—contestó una voz seca.

—Soy Aurora Teagarden —dije pronunciando con claridad, y esperé a oír una muestra de asentimiento, que más bien se pareció a un carraspeo—. Me gustaría visitar algunas granjas de la zona, especialmente las que no estén en su mejor momento. Busco un lugar bastante aislado.

Mary Anne Bishop digirió la información en un pensativo silencio.

—¿Qué dimensiones tiene en mente? —preguntó finalmente.

—Algo no muy grande —respondí vagamente, ya que no le había sonsacado esa información a Martin.

—Podría reunir unas cuantas ofertas para mañana por la mañana —dijo la señora Bishop. Su tono era más bien cauto—. ¿Le importaría decirme si realmente... tiene pensado trabajar el campo? Si fuese más precisa en sus necesidades, podría serlo yo con las ofertas..., para que encajasen mejor. —Se estaba esforzando sobremedida para no parecer hosca.

Cerré los ojos y respiré aliviada de que no pudiera verme.

—Represento a una pequeña, pero creciente, comunidad religiosa —expliqué—. Buscamos una propiedad que podamos reparar nosotros mismos y modificarla de acuerdo a nuestras necesidades. Trabajaremos parte de las tierras, pero en realidad queremos terreno extra para asegurarnos cierta intimidad.

—Bien —dijo la señora Bishop—; no serán de la Iglesia de la Unificación, ¿verdad? O de esos Druvidianos.

¿Druidas? ¿Davidianos?

—No, por Dios —respondí con firmeza—. Somos pacifistas cristianos. No creemos en la bebida ni el tabaco. No vestimos de forma atrevida ni pedimos donaciones por las esquinas de las calles. ¡Ni siquiera predicamos en las tiendas, ni nada por el estilo!

No sin cierto esfuerzo, la señora Bishop me acompañó soltando una risita. Me facilitó unas indicaciones muy precisas para llegar a su oficina, me recomendó un par de restaurantes para la cena («si le está permitido») y se despidió hasta la mañana siguiente.

Localicé una máquina expendedora de bebidas, compré una Coca-Cola y vi las noticias mientras tomaba un *bourbon* con cola, elaborado gracias a la mitad de la botella que me habían dado en el avión. Me alegré de que la señora Bishop no estuviera presente para contemplar el comportamiento de esta supuesta feligresa de un culto sagrado.

Tras un instante durante el cual me sentí extrañamente anónima en esa pequeña ciudad en la que nadie me conocía, conduje sin rumbo fijo bajo la luz menguante por lugares donde Martin seguramente tenía amigos y conocidos; chicas con las que había salido y chicos con los que había compartido borracheras. Algunos de ellos, puede que todos, seguramente aún vivían allí... Quizá hubieran sido compañeros suyos en Vietnam. Y puede que ellos hablasen tan poco de la guerra como el propio Martin.

Me sentía como si estuviese mirando a hurtadillas en su vida.

Como de costumbre, me había llevado un libro en el bolso (esa noche tocaba una edición de bolsillo de *Stalker*, de Liza Cody), y lo leí mientras cenaba en el restaurante que la señora Bishop me había recomenda-

do. El menú me resultó ligeramente extraño; no constaba de ninguno de los platos tradicionales sureños. Pero el chile estaba bueno, y, no sin reticencia, me dejé la mitad de todo en el plato. Ya había pasado los treinta, y la fuerza de la gravedad y las calorías parecían tener más efecto que de costumbre. Cuando mides un metro cincuenta, unas cuantas calorías extra abultan mucho.

Nadie me molestó, y la camarera era amable, así que puedo decir que me lo pasé bien. Me tomé la ligera lluvia nocturna como un signo de que no debería pasear ni correr esa noche, a pesar de haberme acordado de llevar la sudadera y las zapatillas deportivas. Para calmar mi conciencia, hice unos estiramientos y algo de gimnasia al volver a la habitación. El ejercicio alivió la sensación de abotargamiento que me habían dejado el avión y la larga travesía en coche. Llamé a Amina para comprobar cómo iba todo. Me dijo que Martin había dejado un mensaje en su contestador no haría ni media hora.

Sonreí fatuamente, ya que no había nadie allí para verme, y le llamé. Tan pronto como oí su voz, lo eché de menos con una terrible melancolía. Imaginé su denso pelo blanco, meticulosamente peinado, sus negras cejas arqueadas y sus ojos color miel, así como sus musculosos brazos y pecho. Había dicho en el contestador que estaba en el trabajo, así que pude imaginármelo en un gran escritorio cubierto por toneladas de papeles, aunque escrupulosamente organizados. Llevaría una immaculada camisa blanca, pero se habría quitado la corbata

tan pronto como el último empleado se hubiera marchado. La chaqueta del traje estaría colgada de una percha acolchada, colgada a su vez de un gancho a la pared de su cuarto de baño.

Lo amaba con locura.

No era capaz de recordar haberle mentado con anterioridad. Tendría que seguir recordándome dónde se suponía que estaba.

—¿Habla Amina mucho sobre el bebé? —preguntó Martin.

—Oh, sí. Tiene programado empezar a practicar Lamaze* dentro de un par de meses, y Hugh insiste en entrenarla. —Dudé un instante—. ¿Practicaste Lamaze cuando nació Barrett?

—No recuerdo haber ido al cursillo, pero estuve allí cuando vino al mundo, así que supongo que Cindy sí lo hizo —dijo, poco seguro.

Cindy era su primera esposa y la madre de Barrett, el único hijo de Martin, quien intentaba triunfar como actor en Los Ángeles.

Martin siguió hablando:

—Roe, ¿el embarazo de Amina te está dando ideas?

No estaba muy segura de cuál era su estado de ánimo solo juzgándolo por la voz. Últimamente hablaba mucho de Barrett, y me parecía que no era el mejor momento para charlar sobre más hijos.

* Técnica de parto natural empleada como alternativa a la intervención médica. (*N. del T.*)

—¿Qué opinas al respecto? —le pregunté.

—No lo sé. Soy un poco mayor para ponerme a cambiar pañales. Me da vértigo la idea de empezar de nuevo con todo eso.

—Podemos hablar de ello cuando vuelva a casa.

Seguimos hablando de otras cosas que Martin quería hacer cuando volviese a casa. Por una afortunada coincidencia, yo también estaba deseando hacerlas.

Tras colgar, busqué la pequeña guía telefónica de Corinth. Antes de pensarlo siquiera, la abrí por la B.

«Bartell, C. H., 1202 de Archibald Street».

Vale, puede que suene raro, pero hasta ese momento no se me había ocurrido que la exmujer de Martin pudiera seguir viviendo en Corinth.

Me sorprendió mi propia urgencia por ver a Cindy Bartell. Unos celos particularmente ridículos habían prendido en mi corazón; quería verla.

Acertadamente o no, tomé la decisión de contemplar con mis propios ojos a Cindy Bartell, ya que me encontraba en la ciudad. Me quité las gafas y me relajé sobre la rígida cama del motel con la incómoda sensación de que estaba comportándome como una estúpida, mientras intentaba recordar a qué se dedicaba Cindy. Seguro que Martin lo había mencionado en algún momento. No era de los que hablan mucho de su pasado, aunque parecía fascinado por la placidez del mío.

Casi me quedé dormida con la ropa puesta. Cuando me obligué a levantarme para lavarme la cara y ponerme el camisón, por fin rescaté de la memoria que Cindy Bartell era, o había sido en su día, florista.

La guía indicaba que había una floristería llamada Flores Cindy.

Me quedé dormida como un tronco sin haber decidido aún si mi buen gusto y el sentido común me mantendrían alejada de la tienda de Cindy.

A la mañana siguiente me duché a toda prisa, me recogí la pesada mata de largo pelo en un moño con la esperanza de que me hiciera parecer religiosa, me maquillé discretamente y limpié las gafas con cuidado. Me puse un traje, uno de color caqui, con una blusa de seda color bronce y unos modestos zapatos marrones. Quería parecer muy respetable, para tranquilizar a la señora Bishop, y al mismo tiempo deseaba que el aspecto religioso fuese lo bastante reprochable como para tentar a Joseph Flocken a vender la granja solo por fastidiar a sus hijastros. Por desgracia desconocía la ubicación de esta, ya que Flocken no constaba en la guía telefónica. Solo esperaba divisarla mientras me desplazaba con la vendedora.

Me escruté en el espejo del motel. Pensé que pasaría cualquier examen al que la señora Bishop pudiera someterme y salí a tomar un ligero desayuno antes de reunirme con ella.

Sus indicaciones resultaron excelentes, lo cual me dijo mucho acerca de su eficiencia.

La agencia Bishop se encontraba en una vieja casa que daba a Main Street. En cuanto entré en la recepción se abrió una puerta a la derecha, de la que surgió una mujer rubia, alta y corpulenta. Lucía un traje azul marino barato y una blusa blanca.

—Que Dios la proteja —dije sin preámbulos.

—¿Señorita Teagarden? —preguntó, cautelosa, tras echar un vistazo a mi dedo anular. Por supuesto, había dejado mi anillo de compromiso en un bolsillo con cremallera de mi bolso. No encajaba muy bien con mi nueva imagen.

—Tengo unos cuantos sitios para enseñarle por la mañana —informó Mary Anne Bishop, aún visiblemente incómoda conmigo—. Espero que alguno de ellos sea de su agrado. Deseamos que su grupo se establezca en nuestra zona. Es una comunidad religiosa, ¿me equivoco? —Me indicó con un gesto que entrásemos en su despacho, y nos sentamos.

—Somos una pequeña agrupación pacifista —expliqué con similar cautela, rehuendo las exenciones fiscales y demás tecnicismos relacionados con los grupos religiosos—. Nos gusta la intimidad —proseguí—. Por eso queremos una granja a cierta distancia de la ciudad, una que podamos restaurar.

—Y, como mínimo, ¿cuánto buscan? ¿Veinticinco hectáreas? —preguntó la señora Bishop.

— Oh, sí, como mínimo. O más. Eso depende — argumenté vagamente. No tenía ni idea de la extensión de la granja Bartell/Flocken.

— Disculpe la indiscreción, pero me preguntaba por qué su grupo está interesado en esta parte de Ohio. Usted parece del sur, y hay muchas granjas disponibles en aquella zona...

— Dios nos dijo que viniésemos aquí — contesté.

— Oh — dijo la señora Bishop inexpresivamente. Encogió sus anchos hombros y adoptó su sonrisa de vendedora —. Bueno, pues vayamos a buscar un sitio que sea de su agrado. Iremos en mi Bronco, ya que vamos a mirar granjas.

Así que, durante toda una mañana, recorrí los campos de Ohio con Mary Anne Bishop en busca de tierras, vallas y granjas destartaladas, pensando en lo frías y aisladas que podrían ser algunas de ellas en invierno, en qué aspecto tendría la tierra cubierta de nieve. Temblé solo de imaginarlo.

Ninguna de las que vi era la de Martin.

¿Cómo iba a arreglármelas para que me enseñara la que estaba buscando? Estaba claro que Flocken no la había puesto a la venta en ninguna agencia, y se limitaba a ocuparla para que no lo hicieran Martin y Barby. Empecé a odiar a Joseph Flocken, y eso que aún no lo conocía.

Regresamos a la ciudad para almorzar, tras lo cual Mary Anne se excusó y fue a comprobar sus citas de la tarde. Me quedé sentada, a solas, en la sala de espera,

cruzando los dedos y pensando en cómo encontrar la propiedad que buscaba. Y además podía ser que aquel hombre no quisiera vender. Me levanté para mirarme en un espejo colgado de la pared, sobre una pequeña mesa decorativa, un poco más cerca del despacho de Mary Anne. Mi pelo, que tiene vida propia, se estaba escapando del moño, formando un halo castaño sobre mi cabeza. Inicé las tareas de remiendo.

Descubrí que, si me esforzaba, podía oír lo que Mary Anne estaba diciendo al otro lado de la puerta.

—Pues la llevaré esta tarde, Inez, si te viene bien. No, no lleva ropa rara ni nada por el estilo. Es bajita, joven, y lleva un traje caro...

¡Demonios! Tenía que haber comprado algo en WalMart.

—... Pero es muy educada, y no tan rara como cabría esperar. Con un fuerte acento sureño, ¡ya sabes!

Arrugué el ceño.

—No, no creo que al pastor le importe —dijo Mary Anne de modo persuasivo—. Es obvio que este grupo no bebe ni fuma, ni siquiera usarán armas. Solo pueden tener una mujer. Suena bastante respetable, y si se quedan a las afueras a su aire..., bueno, ya sabes, pero parece que tiene dinero... Vale, nos vemos ahora.

Mary Anne salió a grandes zancadas de su despacho con el rostro iluminado y varios papeles con los lugares que veríamos por la tarde. El corazón se me cayó a los pies, uniéndose con mi estado de ánimo.

Fue una larga tarde. Aprendí más de la agricultura del Ohio oriental de lo que jamás quise saber. Conocí a muchas personas agradables que deseaban vender sus granjas, y sentí lástima por la mayoría de ellas, víctimas de los malos tiempos económicos que corrían. Pero ¡no podía permitírmelas todas!

A las cuatro ya habíamos visitado todas las granjas de la lista de Mary Anne Bishop. Nos quedaban otros tres sitios para la mañana siguiente. Fingí interesarme por dos de las propiedades que habíamos visitado, pero les puse las suficientes pegas como para justificar las ganas de seguir con la gira al día siguiente. Ya estábamos bastante hartas la una de la otra cuando me metí en mi coche de alquiler, que había permanecido aparcado enfrente de su oficina durante todo el día. Un par de veces intenté llevar la conversación a los años en que Martin creció en la ciudad, pero en ningún momento mencionó a los Bartell, a pesar de que tanto ella como su marido eran autóctonos.

Echaba terriblemente de menos a Martin.

Casi había terminado de leer mi libro, por lo que en cuanto vi una librería de regreso al motel, aparqué llena de expectación. Me siento como en casa en cualquier sitio donde haya muchos libros. Se trataba de un establecimiento agradable y pequeño que compartía calle con una lavandería y un salón de belleza. La campanilla sobre la puerta sonó al entrar. Una mujer de pelo gris alzó la mirada del ejemplar de bolsillo que estaba leyendo al otro lado de la caja registradora. Me detuve

en la puerta, saboreando la sensación de verme rodeada de palabras.

— ¿Busca algo en particular? — preguntó cordialmente. Sus gafas eran del mismo color que su pelo, pero, por desgracia, su ropa era fucsia. No obstante, desprendía una sonrisa maravillosa y una voz sonora.

— Solo quería echar un vistazo. ¿La sección de misterio?

— Está al fondo — indicó antes de volver a su libro.

Pasé unos agradables quince o veinte minutos. Descubrí una obra nueva de James Lee Burke y otra de Adam Hall que no había leído. La sección de crímenes reales resultó decepcionante, pero estaba dispuesta a pasarlo por alto. No todo el mundo es un bicho tan raro como yo.

La mujer me cobró los libros con el mismo aire feliz de «vive y deja vivir». Casi sin pensarlo, le pregunté dónde podría encontrar Flores Cindy.

— Doblando la esquina, una manzana más abajo — informó sucintamente, y reabrió su libro.

Arranqué el motor del coche de alquiler y dudé durante unos treinta segundos antes de poner rumbo a Flores Cindy en vez de al Holiday Inn.

Desde fuera parecía un establecimiento próspero, con un bonito escaparate decorado con motivos de Pascua. Me retoqué el maquillaje de la nariz, me quité las horquillas del pelo y me lo cepillé antes de salir del coche.

La fachada de la tienda exhibía tanto plantas artificiales como naturales, aparte de algunas muestras de arreglos especiales para bodas y funerales. Había un gran cajón refrigerador que servía como mostrador. La amplia zona de trabajo de la trastienda estaba prácticamente a la vista. Allí se afanaban dos mujeres. Una de ellas, una rubia de bote de unos cincuenta años, estaba colocando cirios blancos en una cruz de poliestireno. La otra, cuyo pelo era muy corto y negro y tendría unos diez años menos, estaba elaborando un ramo de «Enhorabuena por el niño» en un cesto de mimbre azul con forma de cuna. El de florista es un oficio que exige un rito de iniciación, como el de restaurador... o el de pastor de almas.

Las dos mujeres se miraron entre sí para decidir quién me atendería. La morena dijo:

—Termina eso, Ruth, que ya casi está.

Se adelantó rápida y silenciosamente con sus cómodas Nike, complaciente aunque sin disimular que tenía prisa.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

Sus ojos eran grandes y llevaba un corte de pelo estilo duendecillo. Su cuerpo y su rostro eran igual de delgados. Lucía un maquillaje maravillosamente aplicado y unas gafas con lentes bifocales. Sus uñas, largas y ovaladas, estaban cubiertas por una laca de tono claro.

—Eh..., he venido a pasar un par de días y me acabo de dar cuenta de que mañana es el cumpleaños de mi madre. Me gustaría mandarle unas flores.

—Del soleado sur — comentó mientras cogía papel y bolígrafo—. ¿Qué tiene pensado?

No estaba acostumbrada a que me identificaran con tanta facilidad. Cada vez que abría la boca la gente sabía con seguridad algo sobre mí: que no era de por allí.

—Una mezcla de flores primaverales, algo que ronde los cuarenta dólares — dije sin pensar.

Ella tomó nota.

—¿De dónde es usted? — preguntó de repente, sin levantar la vista del papel.

—De Georgia.

Detuvo su mano un segundo.

—¿Adónde quiere que las envíe?

¡Oh, oh! Yo solita me había metido en ese berenjenal. De haber contado con el cerebro con el que Dios había dotado a las cabras, habría dado las señas de Amina, pero como ya había dicho que eran para mi madre me sentí en la estúpida obligación de mandárselas realmente a mi madre. Me había pasado el día engañando, y puede que ya empezase a acusar el esfuerzo.

—Al 1214 de Plantation Drive, en Lawrenceton (Georgia).

Ella siguió apuntando tranquilamente mientras yo emitía un inaudible suspiro de alivio.

—Es una hora más tarde en Georgia, así que no sé si podré mandarlas hoy — explicó Cindy Bartell—. Llamaré a primera hora de la mañana e intentaré encontrar a alguien que pueda entregarlas mañana. ¿Le parece bien?

Alzó la vista para ver qué contestaba yo.

— Perfecto — respondí sin mucha convicción.

— ¿Un número para localizarla aquí?

— Estoy en el Holiday Inn. — No era guapa; era espectacular. Y medía por lo menos quince centímetros más que yo.

— ¿Cómo desea pagar?

— ¿Qué?

— ¿En metálico? ¿Con tarjeta de crédito? ¿Cheque?

— En metálico — contesté convencida, ya que así no tendría que darle mi nombre. Creía que estaba siendo astuta.

Me quedé mirando a la mujer rubia mientras trabajaba en la cruz funeraria; siempre disfruto viendo cómo otros hacen algo bien. Cuando volví a mirar a Cindy Bartell, me percaté de que me había estado observando. Dirigió la vista a mi mano izquierda, pero, claro, mi anillo de compromiso seguía en el bolsillo del bolso.

— ¿Tiene usted familiares por aquí, señorita?

— No — respondí con una frágil sonrisa. Cogí el dinero.

Tampoco es que me hubiera quedado completamente sin recursos.

Mientras recogía la cena en un restaurante de comida rápida y la llevaba al Holiday Inn me pregunté por qué habría cometido una estupidez de ese calibre. No con-

seguí dar con una respuesta satisfactoria. Nunca había dado demasiada importancia al pasado de Martin, y de repente sentía esa sobrecogedora curiosidad. Supongo que la futura segunda esposa de alguien siempre se pregunta cómo era la primera, ¿no?

Vi las noticias mientras cenaba, con el libro abierto sobre la mesa para mantener ocupados los ojos durante los anuncios. Era todo un alivio volver a ser una misma después de una jornada entera fingiendo ser otra. Si bien disfrutaba imaginando tal o cual cosa de vez en cuando, el engaño sostenido era algo totalmente diferente.

La llamada a la puerta me sobresaltó.

Nadie, salvo Amina, sabía que estaba allí, y ella estaba en Houston.

Tiré las sobras de la cena en el cubo de la basura de camino a la puerta. Había puesto la cadena. La puerta se abrió con un crujido.

Allí estaba Cindy Bartell con aspecto tenso y triste.

—Hola —la tanteé.

—¿Puedo pasar?

Me asaltaron unos pensamientos siniestros: «Mujer despechada asesina a futura segunda esposa en una habitación de motel».

Ella interpretó mi titubeo correctamente.

—Quienquiera que seas, no quiero hacerte ningún daño —anunció seriamente, como si se sintiera tan abochornada como yo por todo aquel melodrama.

Terminé de abrir la puerta y me aparté a un lado.

—¿Eres...? —Se quedó en medio de la habitación, mareando las llaves de una mano a la otra—. ¿Eres la nueva novia de Martin?

—Sí —asentí tras pensarlo un momento.

—Entonces no estoy haciendo el ridículo. —Parecía aliviada.

Pero yo creía que eso estaba por ver. Se produjo una extraña pausa. Ahora sí que no sabíamos qué decir.

—Como sabes —se arrancó—, o creo que sabes... —Hizo una pausa para arquear las cejas a modo de interrogación. Yo asentí—. Porque sabes que soy..., que era la mujer de Martin, ¿verdad?

—Sí.

—Martin no sabe que estás aquí.

—No. He venido a comprarle un regalo de boda. —La invité a sentarse en una de las dos incómodas sillas dispuestas a ambos lados de la mesa redonda. Se sentó al borde de la silla sin parar de jugar con el llavero.

—Le dijo a Barrett que se iba a volver a casar, y Barrett me llamó —explicó—. Barrett dijo que su padre le había comentado que eras muy bajita —añadió irónicamente—, y no bromeaba.

—Para la boda —dije sin perder la compostura— quiero comprarle la granja en la que se crio. ¿Sabrías decirme dónde está? No se lo he dicho a la vendedora porque deducirá que la quiero por alguna razón, y Jo-

seph Flocken no la venderá si sabe que se la voy a regalar a Martin.

—Tienes razón, no lo hará. Te diré lo que necesitas saber. Pero luego te daré un consejo. Eres mucho más joven que yo —suspiró—. Comprarle la granja me parece una buena idea —comenzó—. Siempre ha odiado la idea de que esté en manos de cualquier otro, especialmente si esa persona deja que se caiga a trozos. Pero Joseph siempre se la ha tenido jurada a Martin, aunque tampoco tragaba demasiado a Barby. Ni yo, por cierto. Una de las desventajas de casarse con Martin es que Barby se convierte en tu cuñada... Lo siento, me prometí que no me comportaría como una zorra. Barby ha tenido una adolescencia difícil. La razón de que los hermanos y Flocken se lleven tan mal (no me lo ha contado Martin, sino Barby) es que ella se quedó embarazada a los dieciséis, y cuando el señor Flocken lo descubrió, se levantó delante de toda la iglesia (que tampoco es una de esas a las que vaya mucha gente, sino un templo sin sesgo... o sin sexo, ¡ja!) y se lo contó a todos los presentes, con la pobre Barby sentada en medio, para pedirles consejo. Al final la metió en una de esas residencias, perdió un año de instituto, tuvo al bebé y lo dio en adopción. Y, por supuesto, no te creas que le pasó nada al supuesto padre, que se paseó por ahí diciendo lo zorra que era ella y lo machito que era él. Así que Martin le dio una paliza y se ganó el odio del señor Flocken.

Qué relato más terrible. Intenté imaginar cómo se habría sentido al ser delatada públicamente de esa manera, y eso me bastó para notar un escalofrío.

—Bueno, la granja está al sur de la ciudad, por la Ruta 8, pero no se ve la casa desde la carretera. Tienes que encontrar un buzón en la puerta de la finca con el nombre de Flocken.

Apunté la dirección en el pequeño bloc del motel que estaba en el cajón de la mesilla, bajo el teléfono.

—Gracias —le dije, preparándome para cualquier cosa.

—Martin tiene muchas cosas buenas —soltó Cindy de improviso.

Me estaba dando las buenas noticias antes de las malas.

—Pero no lo sabes todo sobre él —prosiguió muy lentamente.

Era algo que sospechaba desde hacía mucho tiempo.

—No quiero saber nada hasta que él decida contármelo —declaré.

Eso la detuvo en seco. Yo apenas podía creer que esas palabras hubieran salido de mi boca.

—No me digas nada —pedí—. Tiene que hacerlo él.

—Nunca lo hará —respondió con tranquilidad y muy segura de sí misma. Luego torció la boca—. No quiero malmeter, y te deseo toda la suerte..., creo. Nunca se ha portado mal conmigo. Es solo que nunca me lo contó todo.

La observé mientras ella miraba fijamente un rincón de la habitación, reuniendo fuerzas, lamentando en tiempo real su despliegue emocional. Entonces simplemente se levantó y se marchó.

Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no levantarme e ir tras ella.

A la mañana siguiente volví a reunirme con Mary Anne Bishop en su oficina. Ese día me había levantado con ganas de ir al grano. Le pregunté qué granjas íbamos a visitar, miré el listado y pedí que fuésemos primero por la Ruta 8. Algo desconcertada, aceptó, y partimos enseguida. Observé cuidadosamente cada buzón a medida que íbamos pasando por delante de las propiedades y vi el que lucía un letrero con el apellido Flocken justo antes de la granja que teníamos programado visitar, cosa que hicimos a toda prisa. Fui allanando el camino diciendo a Mary Anne que la zona me gustaba, pero que la granja era demasiado pequeña. De regreso a la ciudad, le pregunté por el camino que partía del buzón y discurría por una colina baja. Al parecer, la granja no debía de andar muy lejos.

—Me gusta que la granja no se vea desde la carretera —comenté—. ¿Quién es el dueño de esa propiedad?

—Oh, esa es la granja Bartell —respondió al instante—. El actual propietario se llama Jacob..., no, Jo-

seph... Flocken, y tiene fama de cascarrabias. —Paró el coche en el arcén y se golpeó ligeramente los dientes con un lápiz mientras pensaba—. Podríamos pasarnos a ver —se decidió Mary Anne—. Tengo entendido que quiere mudarse, así que, aunque no haya incluido su granja en la lista, podemos comprobarlo.

La granja era amplia y se encontraba en un estado de decadencia. En su día debió de ser blanca. Ahora la pintura se descascarillaba y las contraventanas colgaban desvencijadas. Tenía dos pisos. El granero, situado a la derecha y cien metros por detrás, estaba mucho peor que el resto. Hacía ya algún tiempo que servía de cobijo para animales, o eso parecía. Un tractor oxidado yacía volcado en medio de la maleza y el barro.

Un hombre alto y enjuto salió por la chirriante puerta de malla. No llevaba la dentadura puesta y se apoyaba pesadamente en un bastón. Pero iba afeitado y su aspecto general era limpio.

—¡Buenos días, señor Flocken! —saludó Mary Anne—. Esta señorita quiere comprar una granja, y se preguntaba si podría echarle un vistazo a la suya.

Joseph Flocken no dijo nada durante un prolongado instante. Me contempló con suspicacia.

Le devolví la mirada, esforzándome por irradiar un aspecto candoroso.

—Represento a los Trabajadores del Señor —improvisé—. Deseamos comprar una granja por esta zona que requiera una restauración, un lugar apartado en el

que podamos trabajar. Cuando hayamos terminado, usaremos los dormitorios para dar cobijo a nuestros feligreses.

—¿Por qué esta granja? —preguntó, hablando por primera vez.

Mary Anne me miró. Ella también se preguntaba por qué.

—No solo reúne las condiciones que mi iglesia me ha indicado —respondí convencida, rezando a la vez por el perdón—, sino que además Dios me ha guiado hasta aquí.

Podía ver por el rabillo del ojo que Mary Anne miraba el desastroso panorama de barro y maleza con escepticismo. Quizá pensara que Dios me la tenía jurada.

—Bueno, pues eche un vistazo —decidió Joseph Flocken bruscamente—. Y luego pase a la casa para verla.

Fuera no había gran cosa que mirar, así que solo intercambiamos comentarios murmurados sobre superficies, derechos de paso y pozos antes de pasar a la casa.

La casa de la infancia de Martin.

Había que reconocer el mérito de Flocken por intentar mantener la cocina, el baño de abajo y el dormitorio limpios. Por lo demás, tampoco se había molestado demasiado, y a la vista de los dolores que padecía cada vez que se movía, no podía culparlo. Intenté imaginarme a Martin de niño saliendo a la carrera por la puerta de esa cocina para jugar y subiendo las escaleras

para irse a la cama, pero no pude. A pesar de la inmensa diferencia que habrían supuesto unos padres cariñosos, no veía en ese lugar más que soledad y sombras. Tantas eran mis ganas de irme de allí que mi negociación por la granja resultó algo abstracta. Por supuesto que Flocken se deleitó en los detalles de cómo los miembros de la iglesia tendrían que batirse el cobre para proporcionarse su propio cobijo, así que se me ocurrieron varias referencias a las estrictas costumbres de trabajo que mi iglesia requería y fomentaba. Asintió con su cabeza gris para demostrar su aquiescencia. Ese hombre no quería que nadie diese un paso sin pagar peaje; ni siquiera que el viaje fuese agradable.

Mary Anne y él empezaron a negociar el precio de venta, y fue entonces cuando me di cuenta de que había ganado. Solo había hecho falta que alguien se interesara, alguien que a ese hombre le pareciera que no merecería la granja si Barby y Martin pudieran opinar.

Quería irme.

Me eché hacia delante y miré sus mezquinos ojos.

—Le daré esta cantidad, ni un centavo más —declaré antes de exponer la cantidad.

—Es un precio justo —observó Mary Anne.

—Vale más —discutió el hombre.

—Ni hablar —salté.

Parecía desconcertado.

—Es usted una personita muy dura —admitió al final—. Está bien, pues. No creo que soporte otro in-

La casa Julius

vierno aquí, y mi hermana tiene en Cleveland una habitación libre donde dice que me puedo quedar.

Y así, sin más, lo conseguí.

Le estreché la mano con reticencia, pero lo que contaba era que lo había logrado.